

La señal fué la gota

Hubo precipitaciones: los turistas se marcharon sin dar más explicaciones. Cuando las lluvias llegaron llegaron las restricciones.

MORALEJA:

De las cavernas la gente, pese a su vida salvaje, ignoraban el estiaje, y los cortes de corriente.

\*

# anconora

SAN FELIU DE GUIXOLS

24 DE SEPTIEMBRE DE 1953

TRES PREMISAS TIENE EL TURISMO

## Y LOS HOSPEDAJES SON LA TERCERA

En nuestra idea de sacar punta y lección de los aspectos más culminantes que intervienen en ese proceso económico que se



llama turismo y que para la ciudad representa el haber afincado una de las industrias de mayor porvenir, toca hoy el turno a la cuestión del hospedaje que, dicho sea, forma parte de las tres premisas básicas que para el turismo se requieren.

El paisaje, como punto de partida, lo tenemos, a Dios gracias, de sobras. Solo falta que nuestras manos dejen de ser pecadoras —pecado de avaricia y pecado de omisión, y ambos, en nuestro caso, pecados capitales —para completar, geniales, el milagro que a lo largo de este litoral tomó cuerpo y echura de paisaje.

Las carreteras, por orden cronológico de la acción y por aquello de que sin camino no se va a ninguna parte, figuran como segunda premisa que en nuestro caso sigue todavía sin cumplirse. Claro que, para resolver este problema a tono con la magnitud que el interés turístico demanda, son precisas unas cifras realmente fabulosas. Nuestras rutas están mal, en parte por la desidia en que se las tuvo durante algunos años y en otra parte, no menor, por el hecho de que hoy la compostura y asfaltado de un kilómetro de ruta cuesta alrededor de las cuarenta mil pesetas. La modificación y ensanchamiento de la carretera de Tossa para habilitarla como ruta de cornisa apta para el servicio diario y regular, costaría en algunos trechos, según datos obtenidos, más de un millón de pesetas el kilómetro. Aún admitiendo que nuestra posición debe ser siempre la de instigar y pedir, resulta en extremo justo y sumamente elegante no olvidar estas cantidades cuando se habla de carreteras. Que aquí no estamos, como otros, a los que parece no preocuparles más que el aplauso fácil, ya que en tantas cuantas ocasiones se refieran a la Costa Brava es, en la casi absoluta mayoría de sus veces, para malhablar de sus caminos y carreteras.

A un cuando estamos todavía muy lejos de lograr lo que nos debe ser otorgado, conviene reconocer que de un par de años a esta parte nuestras rutas, tanto las de tránsito como de acceso a la Costa Brava, se han visto en algunos casos notablemente mejoradas. En primer lugar, porque estaban ya tan mal, que no había ni manera de poder seguir empeorando. Y, segunda-

mente, porque exceptuando algunos hechos desgraciados como el arreglo de la Carretera de San Feliu a Tossa y de Santa Cristina a Playa de Aro, algo, de verdad, se ha hecho en este aspecto.

Los medios de transporte y locomoción han mejorado igualmente y cabe reconocer que un tanto más de lo que en este año cumbre del turismo, hayan podido lograr nuestros caminos. Siendo buenas como son las perspectivas, es de esperar que todo se irá andando y con mucha menos paciencia de la que hasta hoy nos ha tocado hacer gala

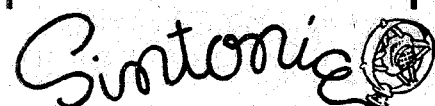
Y, puestos ya en camino de la tercera premisa ¿podemos decir lo mismo de nuestros hospedajes? Así como dicen que no hay tercera sin segunda ni primera, en este caso no puede haber formal las dos primeras, si la tercera nos falla como nos está fallando por falta de una visión seria que venga a redondear la mayor empresa que a todos se nos ofrece por estos días. Y ésta sí que depende de nosotros, sin que podamos cargar a otros el mochuelo que está visto es lo único que interesa y nos divierte.

**Calidad y cantidad**

No es la primera vez que, refiriéndonos a los hospedajes de la Costa Brava y con proyección a todo el conjunto de la misma, escribimos que los tales precisan de calidad y cantidad. Vamos, pues, por partes, en ganas de mejor puntualizar los dos aspectos más principales que caracterizan nuestro problema y el que sumado a los otros dos que le preceden, hace que no podamos hablar todavía de turismo con la seriedad que han logrado ya otros centros mucho menos dotados de paisaje y de belleza y por tanto sin las enormes posibilidades de ese diamante en bruto que sigue siendo, hoy la Costa Brava.

Es una lástima que todavía sigamos confundiendo en muchos casos la idea sana y elegante del turismo, con esa invasión tumultuosa de nuestras playas que tiene lugar en los domingos y demás fiestas de guardar. Por eso sin duda y también porque el costo de la obra se halla al alcance de cualquier vulgaridad los barracones y merenderos ocupan ya mucho más de lo debido. Y, en este mismo plan, los bodegones y fondas han sido repintados para dedicarlos al cumplimiento de unos fines por los que no fueron creados.

En una palabra: La inmensa mayoría de nuestros hospedajes



Los derechos inciviles

Por defecto de aquella atonía social que comentábamos no hace mucho, y de la que se hizo eco luego XAVIER, nos hemos acostumbrado a ser tan, tan humildes en lo que pedimos a cualquier servicio público o entidad, que a veces, en el pedir, nos olvidamos de nuestra propia dignidad.

Al acercarnos a una ventanilla —¡Oh, la institución de la ventanilla, suprema trinchera de la vida burocrática!— lo hacemos insinuando una sonrisa conejil y con tímida voz suplicamos como un favor, lo que seguramente está estatuido como un derecho nuestro.

Hemos ido olvidando los derechos civiles, que son los que importan, y reclamamos en cambio, los inciviles: es decir, queremos de un lado a toda costa molestar a nuestro prójimo con ruidos, intemperancias, atropellarle con los conatos de gamberrismo que se nos han pegado, no atender jamás a su punto de vista, y en cambio parece no importarnos en cualquier ventanilla se nos trate poco menos que a patadas.

Si aceptamos plenamente nuestros deberes —que sobre esto mucho habría que discutir— exijamos en cambio el simple y pleno reconocimiento de nuestros derechos civiles. Claro que, el concepto de civil y cívico se ha ido debilitando mucho a medida que se ha hablado tanto y con tal fruición, de la decadencia de nuestra civilización, que hemos acabado por creer en ella.

Tal vez por ello la ventanilla, — nivelador ideal — ha cobrado una importancia suprema, un desorbitado prestigio. A veces parece como si todas las ventanillas fuesen Montes de Piedra donde fuéramos a empuñar cada día un cachito más de nuestra personalidad civil, desvalorizada, hecha serrín.

J.V.A.

dan la sensación de ser cosa improvisada. Y, como tomamos el turismo en plan de feria, vienen por hospedajes y se encuentran con entoldados. El peligro puede ser que, a la recíproca, yendo nosotros como vamos por lana, no salgamos igualmente trasquilados.

**Razón y sinrazón**

Cuando abogamos para obtener una mayor calidad, nos referimos sobretudo a las instalaciones y servicios, ya que salvo las contadas excepciones de los eternos impenitentes, la mesa acostumbra a ser abundante y bien guisada.

Los que hayan dado alguna vuelta por las zonas clave del turismo hispano, tendrán perfecta idea de la distancia que a nosotros nos separa. Razón atendida, por ejemplo, son los años que nos llevan de ventaja. En cambio, esa idea pueril que tenemos del turismo y que en el caso de los hospedajes consiste

Termina en la última pág.



## SEPTIEMBRE

por L. D'ANDRAITX

Se acerca el otoño de color de bronce.

En la forja del verano, se han fundido calmas, entre ardores.

Los días cansados de tanto fuego se adentran prontos en la noche, en el silencio. Pasaron las tardes largas, la luz fuerte, los agobios...

Los frutos maduraron y muchas semillas cayeron.

Las vides, cual niños tardíos, nerviosas y jueguetonas, entre zarcillos, dan la caricia blanda de sus colgantes racimos y coquetean al sol. Oro y azules.

Quizá, algún manzano pródigo esconda entre sus ramas fruto amarillo o verde yrosa, en un milagro de vida. Y, allá, en el monte, los castaños de tronco múltiple y copa extendida se guardaron sus almendras en un cascarón de púas. Pero son las azufañas con su piel de cuero fino las que dan pauta al color, al bronce, que vestirán las umbrías, antes de que el cierzo llueva mantos y abrigos, antes de que el bosque enmudezca, aterido.

En la dehesa, los plátanos brillan reflejos de oro, en la punta de sus hojas, y los chopos plateados pierden el verde blanco y preparan los esmaltes rojo y gualda, que transformarán sus copas en manojos de cascabeles, en torre festiva, cascada loca.

Y, en el prado, junto al arroyo, el cañizal con sus plumeros altivos monta la guardia a las aguas, que se deslizan cantando su eterna canción, sumisas y tranquilas.

Bello, el paisaje setembrino: adiós y espera, término y principio!

El vagar, si fué alocado, en verano, adquiere ahora un temple amigo. Los árboles y las flores, cada cosa y el camino, se humanizan, en presagios, en temores, con sus recelos al frío, al invierno cruel y blanco. Nada ni nadie ignora que el invierno, en su guarida, está afilando el acero de la escarcha, de su rigor, que imperará en el llano y en los picos.

Cada cosa, en setiembre, tiene en su rostro la gracia del ser que cumplió un ciclo, un mandato, la felicidad de haber conseguido dar, la paz de lo vivido sin un solo intento de regateo, con las manos extendidas.

Mas, sobre esta expresión dulce, satisfecha, a los acatos cumplidos, se lee en el rostro de cada ser, la pregunta angustiosa del futuro próximo, que se avecina. Fríos y soledades. Invierno. Un duro camino!

Y esa mezcla de contrastes, orgullo de haber vencido y entre temor y esperanza de lo que espera, en la esquina, hace que el río y la fuente, el roble y la roca, el cerezo y el mirlo, el campo vacío y las viñas ricas, tengan a flor de piel su alma como un suspiro.

Vaga el escritor, por paisaje setembrino, verano en los ojos, temor en el alma, viña en el corazón, bronce en su oído.